

# LA MODA.



REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

## LITERATURA DRAMÁTICA.

MAGDALENA, drama en tres actos y en verso,  
original de D. Angel M.<sup>a</sup> Dacarrete.

Aunque todavía esta produccion no ha sido puesta en escena en ninguno de los teatros de Cádiz, sin embargo, la circunstancia especial de haber sido escrita por un apreciable compatriota nuestro, bien así como el aplauso que acaba de alcanzar en la corte, nos impelen á dedicar á su examen el presente artículo, en consecuencia de la oferta que hicimos en el anterior número de nuestro periódico.

Cuando un autor ageno de todo punto á los amaños de pandilla logra hacerse aplaudir de un público no ya de antes preocupado en su favor, y, lo que es mas, cuando la prensa entera, aquí poco interesada, por parcialidad de ninguna especie, proclama como legitimo un triunfo, es ya entonces cosa punto menos que averiguada el que la obra ha de poseer un mérito sólido, un mérito nada comun. Por eso con singular empeño procuramos leer la del Sr. Dacarrete, y por eso, despues de haber logrado nuestro deseo, nos proponemos emitir acerca de ella nuestra poco autorizada opinion, gozosos de que esta vez los deberes austeros del crítico no tengan que pugnar con los sentimientos benévolos del amigo.

Para que nuestras observaciones puedan apreciarse en lo que valgan, nos será forzoso dar una idea del argumento del drama en cuestion.

La hija de cierto marqués, residente en América á la sazón, habia prestado oídos á las seducciones de un D. Juan de Mendoza, caballero jóven y rico, de corazon gastado, de esos que no han creído jamás en la sinceridad de sentimiento alguno, y menos aun en el del amor, alma escéptica en fin, pero en cuyo fondo se traslucía algo de nobleza y lealtad; gérmenes escondidos que sus preocupaciones sociales habian ahogado siempre, pero cuya existencia se revelaba alguna vez casi á despecho suyo. Con la misma indiferencia con que D. Juan perdía ó ganaba el oro sobre una carta abandonó al amante y al fruto de su comun deshonor; mas la voz del remordimiento, débil en un principio, se fué haciendo poderosa con la edad, haciendo mas insufrible el tedio que le consumia, y del que procuraba librarse corriendo sin ardor y sin fé tras vanos é impotentes placeres.

Magdalena, que este era el nombre de la hija de D. Juan, fué confiada por su madre al cuidado de una muger, y ambas acogidas en la casa de un tal Enrique, mozo disoluto y desenfrenado. Allí la niña creció en edad y en belleza, la cual inflamó á tal extremo los impuros deseos del jóven, que ella, muerta su guia, se vió forzada á abandonar aquel asilo, dejando á la madre de Enrique una carta en que justificaba su fuga.

En tanto la hija del marqués habia muerto tambien, no sin haber revelado á su padre en la última hora su anterior desgracia, pero nunca el nombre del que fué causa de ella. Dióle asimismo los medios por los cuales pudiera buscar y reconocer á su inocente nieta, y merced á ellos el marqués la tuvo pronto á su lado, aunque sin descubrirle su origen.



En este punto comienza el drama. El marqués y su nieta han llegado á Cádiz, donde tambien han acudido la encantadora Eloisa, amiga de Magdalena, acompañada de su hermano Alberto, amante correspondido de aquella, y jóven digno del amor que siente é inspira. Vienen á tomar los baños de mar, y por igual motivo han hecho el propio viage D. Juan y Enrique, el primero amigo de Alberto, bien así como del no corregido y cada vez mas desatentado jóven que, segun se ha dicho, habia puesto años antes sus lascivos ojos en la pura y adorable niña. Al hallarla ahora de nuevo se despierta mas ardiente que nunca su deseo, y como ella le rechaza con indignacion la amenaza con que publicará su incierto origen y su aventurera vida; amenaza que aflige á Magdalena y que la fuerza á arrojarle á los pies del marqués para que le revele lo que de su nacimiento sepa. Hácelo así el buen anciano, y ella entonces, prefiriendo sofocar su amor á descubrir una falta de su propia madre, pide y obtiene del marqués que ambos partan en el instante mismo, escribiendo á Alberto una carta en que le suplica la olvide y ponga su amor en mas digno objeto. Alberto, ageno de todo, solo vé en este paso una prueba de veleidad femenil, y D. Juan, con cuyas ideas cuadra maravillosamente esta esplicacion, encuentra mas en favor de su sistema, dando por bien empleado el desengaño si ha de producir como fruto el escarmiento.

Han transcurrido algunos meses. Los forasteros se han vuelto á Madrid, Eloisa, que es ya esposa, dá un baile en su casa de Aranjuez y á él ha invitado al marqués y á su nieta, que acaban de llegar á la corte de vuelta de Francia. Aquella escelente amiga, que nunca ha dudado de los sentimientos de Magdalena por mas que halle incomprensible su conducta, se propone reanudar las relaciones entre ella y su hermano, el cual pretende ocultar su profundo dolor bajo las apariencias de una insubstantialidad mal estudiada. Ambas amigas se ven y se abrazan con ternura, dando ocasion la oficiosa amistad de la una para promover esplicaciones entre ambos amantes; mas aunque Magdalena deja penetrar á pesar suyo el estado de su alma, retrocede ante el secreto que se ha impuesto, y Alberto vuelve

á caer en el abismo de su incredulidad y á maldecir el punto y hora en que confió su corazon á la inconstancia de una muger. En este momento Enrique y otros jóvenes le rodean, y todos, y él el primero, lanzan punzantes diatribas contra el bello sexo; pero Enrique se desborda segun su costumbre, llegando con imprudentes palabras á ofender la reputacion de Magdalena. Alberto fuera de sí le afrenta poniendo la mano en su rostro, lo cual provoca un duelo que debe verificarse al inmediato dia.

No pasa este lance tan desapercibido que dejen de enterarse de él el marqués y Magdalena, los cuales acuden allí, mas viendo que Alberto y D. Juan están ya solos, se ocultan aquellos por si les era posible averiguar la causa de un hecho en que sospechaban tener ambos no leve parte. En efecto, Don Juan habia venido á impedir el lance, y para mas apartar de él á Alberto le manifiesta que es soberanamente ridiculo batirse por una muger sobre todo cuando esta no es otra cosa que la manceba del marqués. Al escuchar tan horrible palabra Magdalena dá un grito y cae sin sentido; acuden en su socorro Eloisa y algunos criados, mientras el marqués se dirige furioso á D. Juan retándole á muerte. D. Juan, que sabe ser su contrario el padre de la desgraciada á quien sedujo, reusa el duelo. Copiarémos el resto de la escena.

**MARQ.** Al torpe agravio

añadió horrenda impostura.

Sabe, de vergüenza lleno,

cobarde calumniador,

que la hija de mi amor

le dió la vida en su seno.

**D. J.** ¡Ah! ¿Qué dice usted? ¡María!

**MARQ.** ¿Cómo?

**D. J.** Terrible espiación!

**MARQ.** ¿Qué dices?

**D. J.** Perdon! Perdon!

¡Magdalena es hija mia!

**MARQ.** Tú su padre! Tú el villano

que á eterna deshonra y pena

me ha condenado! ¡Y serena

revela tu alma el arcano

que ya tu muerte asegura!

**D. J.** Verla y morir es mi anhelo.

**MARQ.** Jamás; no concede el cielo



al crimen tanta ventura.  
Vil seductor de la madre  
y de la hija homicida,  
no escucharás en tu vida  
el dulce nombre de padre.  
D. J. Compasion!

D. J.  
MARQ.

Vive sabiendo  
que tu hija en orfandad  
forzosa, su tierna edad  
pasó su llanto bebiendo.  
Que en vano llamando á un padre,  
viviendo de amparo ageno,  
buscaba en extraño seno  
el dulce dombre de madre,  
que mas tarde en su hondo afán  
tocó al instante de horror  
en que se vende el honor  
por un pedazo de pan.

D. J. Del mundo y de Dios, maldito  
siento horror á mi existencia;  
pero que yo en su presencia  
pueda espiar mi delito.  
Que me perdone!

MARQ.

Jamás.  
Nunca emponzoñe tu acento  
su postrero pensamiento!

D. J.

MARQ.

Si; quizás  
abandone ya la tierra.  
Y tú la matas.

D. J.

¡Piedad!!  
(Va á entrar y el Marqués se interpone.)

MARQ. Atrás!

D. J.

MARQ.

Ay!  
A la maldad  
el cielo esta puerta cierra.

D. J.

MARQ.

La muerte por compasion.  
Tal ventura no te alcanza.  
No: vive sin esperanza  
de consuelo ni perdon.»

Así acaba esta magnífica escena y este magnífico acto.

Ya se comprende que despues de haberse llevado en él al último punto el interés de la accion y de haberse desatado el nudo del argumento era imposible de toda imposibilidad que el acto tercero, no ya fuese superior al que le precede, segun lo dictan las reglas dramáticas, sino ni igual siquiera; falta irremediable que depende del corte de la obra, y que todo el talento del autor no ha podido

paliar, no obstante los felices esfuerzos que ha hecho para conseguirlo. El acto tercero y último, si bien no deja de ser un acto bueno y nada indigno del resto de la obra, solo se sostiene, en no leve parte, por el sentimiento y no por la accion. Sin embargo, resta saber la circunstancia que impedirá el desafío de Alberto, y esa es el de D. Juan con Enrique; desafío con que aquel inutiliza el que se hallaba pendiente entre los dos jóvenes. Eloisa, juzgando con razon que el castigo del padre no es bien influya en la felicidad de la hija, revela todo á Magdalena, restablecida ya: el marqués cede, y D. Juan estrecha entre sus brazos con efusion á la interesante niña, despues de haber obligado á Enrique á abandonar aquella tierra, como condicion impuesta en cambio de la vida que le deja.

Por lo dicho ya se colige que en nuestro dictámen el drama del Sr. Dacarrete es bueno, muy bueno. Inmejorable en los caracteres, de alta enseñanza moral, bien escrito, bien sentido, bien versificado. Es una obra que hemos leído con placer y que hubiéramos visto con entusiasmo.

Aquí daríamos fin á este artículo, muy satisfechos de haber encomiado lo que es tan digno de encomio; pero si el deber de la critica es hacer justicia á las bellezas, no lo es menos el señalar los defectos inherentes á toda humana obra. Leves son á dicha los que hemos hallado en la que nos ocupa; mas así y todo no es bien se callen, porque esto indicaria parcialidad cuando no otra cosa, y el Sr. Dacarrete vale demasiado para necesitar que por parcialidad se le alabe. Entramos, pues, en esta corta, pero ingrata parte de nuestra tarea.

Ya al hablar del tercer acto dijimos cómo y por qué él era, y no podia menos de ser, inferior á los otros dos, especialmente al segundo. Este es el único defecto algo esencial que hemos advertido en el drama. Observaremos sin embargo que los públicos, y mas en obras que cautivan su atencion, suelen echar de menos particularidades y circunstancias, ajenas si se quiere á la accion misma; pero cuya omision, ó bien deja de satisfacer su curiosidad, ó bien se aviene mal con la verosimilitud. Eloisa, por egemplo, está casada y su marido se encuentra allí. ¿Cómo se explica,



pues que teniendo lugar en su propia casa lances tan escandalosos como un bofetón, tres desafíos y una congoja mortal no interviene en ellos, no acude siquiera siendo él el dueño, jefe de la familia, la persona en fin mas indispensable de todas por ser la mas interesada? ¿Por qué el autor no supuso que se hallaba ausente, con lo cual habria obviado estas dificultades? Además, ¿cómo D. Juan, al ver al lado del marqués á una jóven de tan misterioso origen, confrontando edades y tiempos no llega á tener la mas leve sospecha de que aquella pudiera ser su propia hija?

Nosotros, á mas de eso, habríamos deseado, en interés de la propia curiosidad siquiera, el saber qué rara circunstancia pudo hacer que el marqués reconociese á Magdalena, no menos que lo que á esta aconteció en los dos años que segun dice Enrique mediaron entre la fuga de la casa de este hasta que fué acogida en la del Marqués. Esto no importa á la accion, ya lo sabemos; pero si á la accion nó, al espectador suele importarle frecuentemente el conocer las vicisitudes todas de los personajes por quienes se llega á interesar.

Casi imperceptibles son estos lunares; algunos de ellos meros escrúpulos no mas, en contraposición á las superiores bellezas de la obra. Estas le han alcanzado un justo y unánime aplauso, y nosotros como críticos damos el parabien por ello al jóven y apreciable autor, dándonoslo á nosotros mismos como gacitanos y como amigos del poeta, á quien de seguro esperan nuevos lauros y brillantes en la escena española si sigue por tan buen camino.

F. F. A.

### Recuerdos á la Sta. D.<sup>a</sup> L. V.

#### LA ALBORADA.

¡Cuán delicioso es cantar  
cuando amanece la aurora  
y una cítara pulsar  
y de aquella á quien se adora

los amores recordar!

¡Cuán grato es mirar al cielo  
despejado, esclarecido,  
hallando el pecho consuelo  
al mirar el vago vuelo  
del jilguero conmovido!

¡Y cuán dulce es aspirar  
el ambiente embalsamado  
de la mañana encantado,  
y las flores admirar,  
gala ostentosa del prado.

Ver mecerse la azucena  
al soplo blando de brisa,  
la gaya rosa serena  
y la pintada verbena  
que orgullosa se divisa.

De un arroyo el susurrar  
su agua pura plateada,  
la rosa en el reflejada  
cuando Febo va á asomar  
con su faz arrebolada.

Allí el corazón respira  
y se ahita con fervor  
gozando canto de amor  
al son de apacible lira  
sin que le abruma el dolor.

Porque le presta consuelo  
la azucena perfumada,  
la purpurina alborada,  
el jilguerillo en su vuelo  
y la rosa nacarada.

(Remitido.)

E. G. M.

## MI DICHA PASADA.

### A la señorita D.<sup>a</sup> Josefa Jimenez.

Tu ausencia lloro en soledad sombría,  
Y el destino cruel  
Me brinda, acrecentando mi agonía,  
Copa amarga de hiel.  
En vano busco de tus lindos ojos  
El brillo arrobador,  
Que ahuyentando del alma los enojos  
Me embriagaba de amor.  
En vano una sonrisa encantadora  
Espera en su ilusión  
Ver vagar en tu boca seductora  
Mi amante corazón.



En vano admirar quiere la tersura  
De tu rosada tez,  
Tus labios de coral, tu frente pura,  
Tu diminuto pié.  
En vano intento de tu voz divina  
El dulce eco escuchar.  
¡Ay! no me es dado en faz tan peregrina  
La mirada fijar.  
Que ya el destino me ocultó cruento  
Tu rostro encantador,  
Dejando al corazón negro tormento  
Y amargo sinsabor.  
Ora recuerdo el tiempo venturoso  
Que por mi mal pasó,  
En que al oír tu acento melodioso  
El alma se estasio.  
Y recuerda también el pecho amante  
La dicha que gocé  
Cuando al fijar mi vista en tu semblante  
Mis penas olvidé:  
Entonces, ay! gozoso me entregaba  
A violenta pasión,  
Olvidando cuan presto me aguardaba  
Cruel separación.  
Ah! fué dicha precoz, dicha ilusoria,  
Una dicha fugaz  
Que se ausentó, dejando en mi memoria  
El recuerdo no mas.  
Y harto ya de sufrir y sin consuelo  
A tanto padecer,  
El triste instante de exhalar anhelo  
El suspiro postrer.  
Mi corazón de pena lacerado  
Sucumbe á su dolor.  
Pero conserva indeleble grabado  
Tu rostro seductor.  
Y pienso en ti cuando la aurora tiende  
Su manto de zafir,  
Y cuando noche el negro velo estiendo  
También ¡ay! pienso en ti.  
Y si susurra el aura entre las flores  
De próximo pensil,  
Creo es tu suspiro abrasador de amores  
Que trae brisa sutil.  
A todas horas que me llamas creo,  
Do quier oigo tu voz,  
Y el momento de verte en mi deseo  
Se aproxima veloz.  
Que eres la virgen que encendió en mi alma  
Volcánica pasión,  
Y solo tú volver puedes la calma  
Al triste corazón.

(Remitido.)

J. M. B.

## CRÓNICA TEATRAL.

VALENCIA.—*Los siete castillos del Diablo*, obra que se ha puesto en escena en el teatro Principal,

ha merecido los honores de la pitadera. A pesar de su terrible título, la comedia no puede ser mas inocente, ó por mejor decir, mas estúpida. El aparato escénico es el mismo de todos los días, á escepcion de un gigante que se traga los hombres vivos, y de una decoración oriental... que la empresa ha alabado sin querer, y que nosotros queriendo no podemos alabar.

La comedia tiene siete actos, ó lo que es lo mismo siete gritas que le ha suministrado el público las dos noches que se ha puesto en escena: total, catorce gritas.

El drama *El trapero de Madrid* ha merecido grandes aplausos en el teatro de la Princesa. El Sr. Guerra ha agradado mucho en este drama, y ha obtenido una ovación merecida. En las escenas de empeño se ha colocado á grande altura, haciendo gala de un gran talento y de un alcance nada común. La Toral ha sido también muy aplaudida.

Los diablos están en baja: el teatro de la Princesa se habia entregado en manos de Ntro. Sr. Jesucristo y de S. Vicente Ferrer, y lo pasaba perfectamente; pero así que se ha metido en *La encrucijada del Diablo* se lo ha llevado todo el demonio.

El teatro se ha cerrado y los actores han acudido á la autoridad protectora: los abonados dicen para su capote: «Cero y van dos.

El público ha ganado los dos diablos que ha perdido.

## LA APARICION.

A la señorita D.<sup>a</sup> M.... P....

EN UN ALBUM.

En jardín pintoresco y espacioso  
Respirando el aroma de las flores,  
Con paso débil, tardo y tembloroso  
Buscaba con afán dulces amores,  
Y al escuchar el eco candoroso  
De tiernos y melifluos ruiseñores,  
Buscando una pasión mi fantasía  
La idealidad del mundo recorria.

Me interné mientras tanto en la espesura  
De una calle por árboles formada,  
Admiré de las aves la ternura,  
Sus nidos vi también por la enramada,  
Y la aromosa brisa leve y pura  
De sus goces quizás entusiasmada,



El tallo de las flores doblegando  
Amor pidióles con susurro blando.

Rebosando mi pecho de alegría  
Descansaba á la orilla de un riachuelo,  
Y una barca miré, que conducía  
De pureza y beldad rico modelo;  
Era una jóven la que allí venía,  
Bajada, al parecer, del mismo cielo,  
Que con voz argentina daba al viento  
Esta canción, con sin igual acento.

«Sigue, barca, tu destino,  
Rompe, rompe la corriente,  
Y coloca en tu camino  
Un ser de célico ardor;  
«Que comprenda mis hechizos  
Y llamándose su amada,  
De besos cubra mis rizos  
Con frenética pasión.

«Entonces seré dichosa!  
Cuando me digan María,  
Con espresion amorosa  
Alegre faz tornaré,  
«Dando la vida á mi amante  
Para el cual seré un tesoro,  
Que en sus brazos delirante  
Al mundo querrá esconder.»

Calló la voz, volviendo aquel sonido  
De misterio sin fin, sonido blando  
Del arroyo, del árbol y del nido,  
Y tan bella mujer siguió bogando,  
Turbándoseme entonces el sentido  
Iban mis ojos de placer llorando,  
Cuando á mi lado vi pura y sencilla,  
Una deidad que al mundo maravilla.

Con voz apasionada y elocuente  
Le pinté de mi amor el vivo fuego,  
Y que escuchaba vi modestamente  
De mi intensa pasión el dulce ruego;  
Sonrojada despues y balbuciente  
Prometió de mis penas el sosiego....  
Por eso entusiasmado yo, María,  
Tu grata aparición hoy bendecía.

(Remitido.) RIGOLETTO BUFONADA.

Madrid, 1853.

## A CRISTINA.

Escucha, mujer divina,  
las voces de mi laud,  
y tu faz alabastrina  
torna á mi, angélica ondina,  
modelo de la virtud.

Oye mi flébil acento  
que en el célebre Escorial  
va rasgando el fuerte viento,  
y pregonas asaz contento  
tu belleza sin igual.

De tu cuello la blancura  
que envidia causa al marfil,  
y tu faz cándida y pura  
que ni copia la pintura  
ni puede hacerla un buril.

De tus ojos la mirada  
que como placida fuente,  
tan serena y sosegada  
parece ser destinada  
para el amor mas ardiente.

(Remitido.) RIGOLETTO BUFONADA.

Escorial, 1852.

## LOS GALLOS Y LOS HOMBRES.

### FÁBULA.

Un viejo gallo de pensar profundo,  
Cansado ya de recorrer el mundo,  
A sus gritos gallunos respetados  
Fueron todos los gallos convocados:  
«Oireis, les dijo, el pensamiento mio,  
Y que vosotros seguireis, confío,  
Este consejo que juicioso y cuerdo  
No viene á proponeros ningún lerdio.  
He visto de distintas poblaciones  
Los usos, las costumbres y opiniones,  
Mas ningún animal, cual nuestra raza,  
A los suyos destroza y despedaza....  
¡Oh qué horror! destruirse los hermanos  
Como enemigos fieros y tiranos!  
Desde hoy han de cesar las disensiones....  
Y si á renir nos llevan, las razones  
Espuestas se dirán al dueño, altivo,  
Con tono sentencioso y espresivo.  
El hombre es recto, probo y sin malicia,  
Al fin vendrá á cedernos la justicia:  
Ellos son los señores de la tierra,  
Y nos enseñan á vivir sin guerra.  
Se aman y se respetan amistosos,  
Y viven muy felices y dichosos.»  
«Silencio el muy palurdo, dijo un gallo,  
De pir tales mentiras no me callo.  
¿Qué fiero puede ser peor que el hombre?  
¡Y tú le das de bienhechor el nombre  
Al que mata, destruye, y por el oro  
Prostituye su honor y su decoro....  
Y por envidia ó un capricho leve,  
La vida de otros á quitar se atreve....»



Los hechos pueden bien desengañarte,  
Y véte con la música á otra parte.  
Quiero raza mas pura por modelo,  
No la que nombras irritando al cielo.»

Dos hombres encubiertos escuchaban  
La gresca que los gallos levantaban.  
El uno, de mas mala catadura,  
Al gallo se acercó, que sin cordura  
Virtudes varoniles decantaba;  
Y al humano saber entronizaba;  
Le apretó con vigor por el pezcuezo,  
«Muere, le dijo, por hablar sin seso  
Lo que ignorante distinguir no puedes,  
Y méritos injustos nos concedes.»  
«Pues yo, exclamó el otro hombre generoso,  
A ti, gallo, que dices rencoroso  
Que somos tan viciosos y tiranos,  
Juzgándonos á todos inhumanos,  
No creas que te premie ni castigue,  
En tus caprichos y rutina sigue,  
Sabrás que en todas razas y ocasiones  
Hay buenos y perversos corazones....  
Cada uno es de sus acciones hijo,  
Y yo mis obras por las buenas rijo.»  
Calló el hombre, los gallos aplaudieron,  
Mas nunca de sus riñas desistieron.  
¡No hay que asombrarse; que en la humana raza  
Existen gallos de esta misma traza!  
Proponen de costumbres las enmiendas,  
Mas siguen con sus vicios y contiendas;  
Se matan, se destruyen, se devoran,  
Y luego la bondad de Dios imploran.

RAMONA PIZARRO.

*De un periódico.*

## A DON ENRIQUE ZUMEL.

POESÍA.

### LA AMISTAD.

Deja que pulse la enlutada lira,  
Cubierta con cendales de crespon;  
Permite en mi quebranto, antes de hinojos,  
Riegue con llanto la funesta pira.  
Dó están los restos de mi fiel pasión,  
Y de amor filial tristes despojos.  
Son causas mis enojos  
De una lucha terrible;  
Nada veo bonancible  
A no ser tu venida, caro amigo:  
Ella me sirve de precoz consuelo,  
Y mis penas mitigo  
Pues ha tiempo tu vista grata anhelo.  
Es mi afecto hácia ti cual un hermano

Que le ofrecen, no en vano,  
Cándido amor los ángeles y el cielo.  
A ti, jóven amable y virtuoso,  
Dedico en mi espansion dulces cantares.  
Si una lágrima rueda en mi megilla,  
Y ves mi ceño mustio y desdenoso,  
Ten compasion por Dios de los pesares  
Que mi frente abatieron sin mancilla.  
Hoy que el arte en ti brilla  
Y te recibe ufano  
El pueblo gaditano,  
Vivo recuerdo ocupa mi memoria  
Que fascina mi ardiente fantasía,  
Y es la preciosa historia  
De mas feliz y venturoso día  
En que vimos girar en lontananza  
El flotante listón de la esperanza,  
Y estrechó nuestra activa simpatía.  
Artista y vate á un tiempo, en la bandera  
De las sabias Castálidas te inicias;  
Pues al hombre sensible el sexo bello  
Le inspira en la lozana primavera,  
Y á pesar de la envidia y la malicia,  
Supe te alzaste con erguido cuello;  
No tanto me querello  
De las desgracias mías,  
Pues si huyó mi alegría  
Vuelvo á encontrar mi amigo el mas sincero.  
Creí que mi amistad diste al olvido,  
Discurri de ligero;  
Si diez años de ausencia han trascurrido  
Hoy estrecho tu mano cariñosa;  
Si la suerte me fué tan enojosa,  
Mi recompensa tu regreso ha sido.

(Remitido.)

J. Z.

## A.....

Puesto que *blanco* no soy  
y solo el *blanco* te agrada,  
no pretendas engañarme  
con tus traidoras palabras.

*Blancos* son los perifollos  
con que siempre te engalanas,  
y si con flores te adorns  
prefieres las flores *blancas*.

*Blanco* es el chal que sugetas  
sobre tus *blancas* espaldas:  
*blancas* tambien son las perlas  
que brillan en tu garganta.

Prefieres, niña, la noche  
á la plácida mañana,  
porque de noche hay estrellas  
y las estrellas son *blancas*.

La luz del sol te molesta,



la de la luna te encanta:  
no te seduce á ti el oro  
mas no desprecias la plata.

Si del sueño requerida  
entre las sábanas blancas  
ocultas tus blancos miembros  
y los párpados adaptas;

Sueñas, niña, con visiones  
y aterradoras fantasmas,  
vestidas todas de blanco  
de los pies hasta la barba.

Tus alimentos precisos  
consisten en *poleadas*;  
jamás has probado el vino  
y bebes tan solo *horchata*.

Pues si tanta es tu afición,  
dulce niña idolatrada,  
tan solo á lo que sea blanco,  
¿cómo no ver que me engañas?

Quando dices que me quieres,  
cuando juras que me amas,  
*Aquí hacen falta dos versos,*  
*quien los quiera que los haga.*

(Remitido.)

ZELIM-MAG-BEN-JAMAR.

### Solucion á la charada inser- ta en el número anterior.

Como la odorante rosa  
en el delicioso abril  
su pétalo abre gentil,  
y se nos ostenta hermosa;  
asi Paca, aun mas preciosa,  
á su ventana asomada  
dijo á Paco: «tu charada  
es tan clara como el sol;  
dime, ¿no es el caracol...?»  
«Si, morena resalada.»

A. D. BÁRCENA.

### CHARADA.

Cavila un poco, lector,  
y si esta charada aciertas  
de buen vino te daré  
la *segunda*, *prima* y *tercia*.  
Para llamar á un jilguero  
repite el niño *primera*,  
y esta ligada á *segunda*

un apellido te muestra:  
La *prima* con *tercia* es planta,  
la *segunda* doble, tela,  
y parte de una armadura,  
la *segunda* con la *tercia*.  
Tengo en casa *tercia* y *prima*  
si se le agrega una *z*,  
y *tercia* á *segunda* unida  
tengo para mi escopeto.  
El *todo*, yo no lo digo;  
adivínalo quien quiera.

INGLÉS.

### OTRA.

Una letra es mi *primera*,  
es repugnante y no agrada  
si algun sándio duplicada  
el ponerla apeteciera.  
La *segunda* y la *tercera*  
en música se hará ver;  
y si anhelas el saber  
cual será la solucion,  
para mas aclaracion  
es un nombre de mujer.

ZELIM-MAG-BEN-JAMAR.

Con objeto de que el feo sexo esté  
tambien al corriente de las modas Pa-  
risiens, repartimos con el presente nú-  
mero un elegante figurin de caballeros.

Las telas de que se componen las  
prendas las hallarán los que gusten, en  
el establecimiento de D. Juan J. Junco, ti-  
tulado Villa de París.

**LA MODA** se publica todos los Domingos.  
Con el primer número de cada mes, recibirán los  
Sres. suscritores una lámina litografiada de figuri-  
nes, dibujos de crochet, ó una hoja grande de pa-  
trones, etc.

### PUNTOS DE SUSCRICION.

En Cádiz, REVISTA MÉDICA, plaza de la Constitucion,  
número 11.  
• LIBRERIA ESPAÑOLA, calle de Guaneros,  
número 56.  
En S. Fernando: D. Juan Alvarez; Librería Es-  
pañola.



stitucion, n.º 11.



Cádiz





Esta  
presente  
sofocan  
dicha q  
que no  
dio de  
poco ha  
Enero.

Per  
que se  
como c  
estos e  
Cádiz o  
chas co  
pre á c  
dos los  
que acu  
de la c  
tiene m  
pero q  
al año,  
año no  
cion q  
barata  
nan, c  
sidad.

Pe  
calles,  
carrer  
nomia  
llas de  
sustar